



KAPO 013

BRUNO POL FELIU GARCÍA

**AMOR Y DOLOR
RIMAN SIEMPRE**

PRÓLOGO
JAIME LORENTE

EPÍLOGO
BLON

**AMOR
Y
DOLOR
RIMAN
SIEMPRE**

**Bruno Pol Feliu García
Kapo 013**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Bruno Pol Feliu García, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de maqueta de interior: © J. Mauricio Restrepo

Primera edición: abril de 2022

Depósito legal: B. 4.522-2022

ISBN: 978-84-08-25592-5

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Índice

Prólogo , por Jaime Lorente	13
1. El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda	15
Odio	17
Freestyle: ¿de qué estamos hablando?	30
2. Nacer, crecer, rimar	41
El rapero de clase	43
El capo del rap	52
Freestyle: técnicas y apartados valorables	55
3. Barrio solo hay uno, madre solo hay una	63
Ser de calle	65
013	67
Visita	71
Café con leche	76
Freestyle: el personaje	84

4. Primera batalla, primera derrota	99
¿Y si participo?	101
Un debut frustrado	104
Lloret del Mal	108
El Capitán Almuerzos	116
Freestyle: la madre de todas las batallas	134
5. El funeral que terminó siendo un bautizo	145
MACBA	147
Tongo	152
Se acabó	164
El campeón más odiado de toda España	171
Regresar y besar el santo	182
Freestyle: la toma de decisiones	198
6. El miedo a vivir de lo que amas	205
Famosos por sorpresa	207
Vértigo	213
Amor y dolor riman siempre	218
Freestyle: la figura del juez	221
7. Lluvia de rosas	231
El día que el freestyle perdió	233
El juez al que todo el mundo iba a juzgar	236
Lección	244
Freestyle: localía y otros efectos en batallas	251

**8. Sobre Ibai, comida rápida, medallas de oro
y un central del Barça** 259

¿Soy una hamburguesa de un euro? 261

El oro olímpico que no gustó a Ester Expósito 274

¡Que el globo no caiga! 283

Freestyle = magia 291

Epílogo, por Blon 297

1



**EL
FREESTYLE
ES INCREÍBLE.
SER FREESTYLER,
UNA MIERDA**

ODIO

Improvisar es algo que forma parte del día a día de cualquier persona. Un porcentaje elevadísimo de las acciones, decisiones y conversaciones de las que formamos parte a diario son completamente espontáneas. Lo hacemos por inercia: estar vivos significa improvisar, forma parte de nuestra naturaleza. Ahora bien, no todo el mundo está preparado para hacerlo encima de un escenario, con el vocerío de miles de personas de fondo, la presión de conseguir un resultado, de cumplir objetivos y a sabiendas de que, más allá de ese público presente del que se puede sentir un *feedback* inmediato, más tarde serán centenares de miles o incluso millones los que, con más o menos empatía, opinarán sobre tu desempeño. Te dejarán un mensaje precioso que leerás en diagonal y al que le dedicarás el microesfuerzo de dejarle un *like* o un corazoncito, o en su defecto te dedicarán un tuit despreciándote, harán un meme en el que se te humillará con humor o incluso te

perseguirán en toda red social para conseguir que leas auténticas parrafadas de odio y aversión hacia tu actuación e incluso tu ser. Si sucede esto segundo y dado que los humanos somos profundamente gilipollas, a ese comentario de odio le prestarás el cuádruple de atención que a cualquiera positivo e incluso te tomarás la molestia de dedicarle unas palabras.

Rebobinando al origen del cabreo, que ya empiezo a teclear con demasiada fuerza al recordar algún recadito reciente que he recibido en mis redes, en el freestyle la diferencia entre el éxito y el fracaso puede residir en elegir una u otra palabra. Un gesto, una mirada, una mera respiración pueden cambiarte el discurso por completo. Imagina jugarte un año entero de trabajo en media hora, que toda tu carrera pueda desmoronarse por una decisión que tomas en décimas de segundo bajo un estado de estrés máximo. Ser un héroe o un villano, permanecer o desaparecer, ganar o perder, matar o morir. Figuradamente, ¿eh?, hablamos del personaje sobre el escenario, ¿a ver si alguien se va a pensar que esto es una pelea a navaja en un callejón!

Ser freestyler es un trabajo aparentemente fácil de llevar, ¿no? Que tu máxima pasión sea tu empleo, viajar por todo el mundo subiéndote al escenario de estadios deportivos y pabellones, actuar delante de multitudes, ser recibi-

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

do en el aeropuerto por fans y ver su cara de emoción por el mero hecho de compartir oxígeno contigo durante unos segundos (incluso teniendo en cuenta que, cuando bajas de un vuelo de trece horas de duración, sueles oler bastante a sobaco de transportista). Que un completo desconocido de la otra punta del planeta irrumpa en llanto al abrazarte porque para él eres un ejemplo a seguir es una sensación única. Como dijo el sevillano Sweet Pain tras quedar subcampeón de España ante más de veinte mil aficionados: «Que un estadio abarrotado de gente coree al unísono tu nombre es algo mágico. Me parece una pena que cada persona del mundo no tenga un momento como ese en su vida antes de morir». Pero no, esa vibración energética tan tremendamente bestial es un premio que solo hemos recibido unos pocos afortunados en todo el globo terráqueo. Eso sí, llegar hasta ahí no es nada fácil, y menos fácil todavía es mantenerse, con todo lo que eso conlleva.

Cuando todavía competía (me retiré a finales de 2013, aunque en 2017 tuve un minirregreso durante unos meses a raíz de una apuesta), tanto la implicación como la repercusión de batallar a máximo nivel eran mucho menores. Las redes sociales estaban mucho menos desarrolladas, el *feedback* que recibías en ellas era en su inmensa mayoría de personas a las que podías poner rostro y voz y las competiciones no se emitían en directo ni todos los en-

frentamientos eran grabados oficialmente. De hecho, por aquel entonces, que Red Bull publicase una de tus intervenciones en su canal de YouTube ya significaba un cambio radical en cuanto a exposición se refiere. Mi primera participación en la entonces única competición de élite a nivel mundial fue en 2008 y perdí en primera ronda contra Chester, uno de los favoritos. A ojos de cualquiera, rapear un solo minuto e irte a casa con un casillero de cero victorias y una derrota era un claro fracaso. Pero para mí no lo fue en absoluto, puesto que aquella batalla, al ser una de las más brillantes de mi oponente, quien terminaría siendo el campeón ese día, fue publicada en el canal oficial de la competición. Eso conllevó que mi nombre resonara con fuerza en la pequeña comunidad que seguía el panorama del freestyle nacional. A mis dieciséis años me convertí sin quererlo ni esperarlo en la cara visible de la nueva generación de improvisadores barceloneses que no veníamos de hacer música, sino que habíamos arrancado nuestra carrera directamente en la vertiente más competitiva y/o deportiva del rap. En realidad, yo no era el mejor de mi generación, de hecho, el hoy todavía en activo Blon, también catalán y de mi misma edad, llegó más lejos que yo y cayó contra el mismo rival una ronda más tarde, pero, a diferencia de mí, el único registro de su participación eran dos vídeos grabados desde el móvil de alguno de los

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

que pagaron su entrada y que evidentemente por calidad y posicionamiento causaron muchísimo menos impacto en el panorama.

Competí durante seis años consecutivos, gané dos campeonatos nacionales individuales y dos grupales, se me consideró el mejor del país durante cierto periodo (ya os anticipo que de forma errónea: el 90 por ciento de los eventos importantes se hacían en mi ciudad, Barcelona, donde me aplaudían hasta los pedos). Incluso recibí mensajes de apoyo desde el otro lado del charco de gente como el argentino Kodigo, que años después sería una de las máximas estrellas del planeta (por aquel entonces, todavía era un mero aficionado). Tuve mi momento de gloria y lo aproveché. Pero justo en mi último campeonato, cuando le gané la final de España de 2012 a un por entonces inexperto Chuty (actualmente es considerado, junto al mexicano Aczino, el mejor improvisador de la historia), tomé una mala decisión sobre el escenario, se me puso todo en contra y saboreé por primera vez la parte más difícil de esta disciplina: el odio de los seguidores.

Los motivos de la desaprobación que acompañó mi controvertida victoria los expondré más adelante, cuando me conozcáis mejor y entendáis más quién soy y cómo funciona mi mente. Pero lo que sí quiero dejar patente desde ya es que yo no estaba preparado psicológicamente para la cantidad de

mensajes de desaprobación, insultos y reproches en que desembocaría aquella mala jugada. De hecho, creo que es algo para lo que casi una década después sigo sin estar preparado. ¿Quizá encajo mejor ese tipo de golpes? Sí. ¿Soy capaz de darles menos importancia? También. Pero ¿me afectan hasta el punto de condicionar mi bienestar emocional y mi salud mental? Sin duda alguna. Ya han pasado más de nueve años desde que sentí en primera persona el rechazo de la comunidad por la que tanto había trabajado, sufrí en mis propias carnes lo duro que es que tu mayor sueño se disfrace de pesadilla. Es realmente extraño bajar de un escenario con el trofeo entre tus manos y notar la indiferencia del resto de los competidores, que prefieren entregar su cariño al subcampeón que felicitarte por tu victoria. Por ello, nueve años más tarde, he tomado una de las decisiones más importantes de mi carrera: renunciar a mi puesto como juez de la Freestyle Master Series, la mejor liga profesional de freestyle del mundo, y retirarme oficialmente de dicha función. Literalmente, no puedo más.

Y ojo, que lejos de sentir ningún tipo de liberación o alivio, esto me apena profundamente a la par que me preocupa. Porque, aunque ser freestyler a veces sea una mierda, el freestyle es increíble.

Aún me recuerdo rodeado de mis colegas del barrio tirando por primera vez unas rimas improvisadas, jugando.

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

Aquella primera ocurrencia en forma de pareado provocó gritos histéricos de mis colegas, sorprendidos de que yo, un chaval gordito e inseguro, me convirtiera en alguien totalmente distinto al versar contra un rival. Recuerdo cómo poco a poco me fui atreviendo a hacerlo delante de más gente, primero en el patio del colegio, donde convertí las burlas por mi incomprendida pasión por el rap en atención y aplausos. Me estremezco al recordar la primera vez que le puse cara a aquellos *nicknames* de un foro con los que compartía mi fanatismo por el universo de las batallas de MC, cuando nos juntamos y rapeamos en corro en el patio interior del CCCB, cerca de la emblemática plaza del MACBA.

Alucino al revivir mentalmente cómo le perdí el miedo a rapear frente a completos desconocidos cuando irrumpí sin pedir permiso en el corrillo de un grupo de raperos que soltaban versos, tras un concierto en las afueras de la sala Razzmatazz, y festejaron con sonrisas y miradas que un chaval al que le sacaban fácilmente diez años tuviese la valentía y la seguridad de improvisar con ellos. Tengo aún intacto el recuerdo de la primera vez que me colé en un tren, junto a tres colegas que me acompañaron a Lloret de Mar para mi debut en una competición en escenario, y cómo me sentí cuando por primera vez festejaron una rima mía desde el público.

Las primeras victorias, los primeros trofeos, pagarme la matrícula de la uni con el premio de una competición, la primera vez que crucé el charco, las lágrimas compartidas con Skone, Shair y Valles T en una habitación en Buenos Aires, la sensación de tener una cama donde dormir en decenas de países de todo el planeta, el amor incondicional de mi amigo Blon, quien por cierto fue mi máximo verdugo en mi etapa competitiva, pero hoy por hoy es una persona trascendental en mi día a día y el primero que ha leído este libro de cabo a rabo. Todo esto es el freestyle para mí. Y es algo que, como bien dijo Sweet Pain, pocas personas en el mundo van a vivir con esa intensidad, con esa ilusión, con esa magia.

Y hablando de Sweet Pain, ha sido una batalla suya la que ha puesto punto final a mi carrera como juez de la FMS. Tras cuatro temporadas ocupando una de las sillas de la primera liga profesional de batallas de la historia, he decidido que no habrá una quinta.

Cuando me ofrecieron ese cargo, a principios de 2017, ni siquiera era algo que me generara nervios. En mi ser solo cabía ilusión. ¿Una liga? ¿Profesional? ¿Ser juez fijo? En esa llamada me faltó decirle a Asier, uno de los creadores de dicho proyecto, que si hacía falta pagaba yo por estar ahí. Pero las cosas han cambiado, y mucho, a veces creo que demasiado.

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

Ser juez de batallas es una posición complicada. No dejas de ser un espectador más, pero tu opinión, junto a la de tus compañeros de silla, es la única válida de cara a la competición, la que elige a un ganador y un perdedor, la que otorga el título de campeón a uno de los contendientes. Eso siempre va a generar controversia. No llueve a gusto de todos, pero a ti, como juez, te van a llover palos. Y todavía más si la batalla es ajustada, si los puntos o la ronda que hay en juego trascienden más de cara al resultado final del campeonato y, especialmente, si ambos competidores tienen una base de fans fiel y grande.

En 2017 la posición del juez todavía estaba lejos de consolidarse. El mundo de las batallas llevaba apenas un año de *boom* mediático y, pese a que ya era más que habitual escuchar gritos de «¡Tongo, tongo!» por parte del público cuando no coincidían con la deliberación del jurado, lo que eso conllevaba *a posteriori* era bastante menos incómodo. Por aquel entonces, las batallas solían durar unos cuatro minutos de media y el sistema de voto se basaba única y exclusivamente en las sensaciones. Si, tras cuatro minutos de batalla, sentías que uno de los competidores había hecho mejor papel que el oponente, le votabas, fin.

Con la llegada del formato liguero, donde las batallas duraban alrededor de veinte minutos, se incorporó un sis-

tema de voto numérico en el que se puntuaba con cifras cada una de las intervenciones de los competidores y de la suma total salía el vencedor. Hay que entender que el juez se pasa casi media hora tomando pequeñas decisiones cada diez segundos en las que evalúa las últimas cuatro barras que se han dicho. Eso conlleva una cosa que a ojos de la justicia está muy bien, pero que complica la tarea: como juez no tienes ni puta idea de quién te saldrá como ganador. Tú vas haciendo tu trabajo y, a no ser que sea evidente la paliza, si la batalla está igualada, no sabes qué resultado figurará en tus puntuaciones hasta que no efectúas la suma de puntos (hoy en día se hace automáticamente desde la app con la que se vota).

Es decir, con el nuevo formato, los jueces perdimos tanto la opción de amañar deliberadamente un resultado (punto a favor) como la de dar un veredicto directo si así lo creíamos conveniente (punto en contra). Y, amigas y amigos, aquí está el quid de la cuestión: da igual lo que votes porque, si la batalla está igualada, el competidor que pierda hará algún comentario en sus redes mostrando su desaprobación, con más o menos educación (una vez, un competidor se refirió a mí como «un arbusto» y otro me quiso pegar por no votarle), y posteriormente te llegará un aluvión de mensajes de odio, insultos y amenazas por parte de sus seguidores más fieles.

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

Como os comentaba, fue una batalla en concreto la que terminó con mi paciencia. En la cuarta jornada de la FMS España 2020/2021 se enfrentaron Sweet Pain y Gazir en una batalla épica en la que ambos competidores estuvieron a un nivel estratosférico. A los cinco jueces nos quedaron ambos competidores a una diferencia menor a cinco puntos, que es la diferencia por la que se define un ganador. Por ello, el resultado de los votos era de cinco réplicas, es decir, que había que seguir batallando hasta decidir un ganador. Tras otra ronda, volvió a salir empate (tres votos de réplica y dos para Sweet Pain), y ya, tras esta última réplica en la que no se podía votar empate, salió como ganador Gazir por tres votos (uno de ellos mío) y dos para Sweet Pain.

A los minutos de dar el veredicto, se me inundaron las bandejas de mensajes directos de Instagram y Twitter de insultos, ya fueran en forma de mensaje escrito o de audio. Pero lo peor de todo fue el acoso y derribo de los siguientes días. Publicase la foto o el vídeo que publicase, aunque fuese sobre otra cosa, se llenaba de insultos y alusiones a mis votos durante dicha batalla. Se filtró mi número de teléfono y me mandaron wasaps llenos de faltas de respeto, e incluso dos chavales me llamaron repetidas veces durante una madrugada para avisarme de que si pisaba Sevilla me darían una paliza nada más verme (no lo tomé en serio).

¿Sabéis lo mejor de todo? Mis votos de esa batalla se tergiversaron por error. Es decir, toda esa cantidad de odio ni siquiera estaba basada en algo que realmente hubiese sucedido. Se publicó que mi voto inicial era con una ventaja de 4,5 puntos para Gazir (es decir, a medio punto de llevarse directamente la batalla sin necesidad de réplica). Pues no, mi votación era exactamente al revés (4,5 Sweet Pain arriba), pero un error de infografía en las redes oficiales de la competición hizo pensar a la gente lo contrario. En la primera réplica también voté a Sweet Pain, pero no quedó claro y la gente entendió que mi voto era el contrario porque, por un efecto espejo de la cámara, me equivoqué y señalé al lado contrario. Luego rectifiqué.

Esto no influyó en el resultado, pero lo digo para que se entienda el nulo interés de un fan enfadado por atender a razones. Él solo sabe dos cosas: que su freestyler ha perdido y que necesita buscar culpables de ello para machacarlos y desahogarse. A veces somos los jueces; otras, el presentador, otras el DJ o incluso hay veces que es el mismo freestyler o su rival quienes pagan los platos rotos.

Y, como ya he dicho antes, yo, Bruno Pol Feliu García, a mis treinta años de edad y tras más de catorce dedicados a esto, NO PUEDO MÁS.

Si estás leyendo este libro y eres uno de los que se dedica a criticar nuestras actuaciones como si fuésemos

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

errores de programación del FIFA que te impiden ganar una partida *online*, escúchame bien: que te den. Somos personas. Es más, somos personas apasionadas, muy entregadas y llenas de ganas de vivir haciendo lo que más nos gusta, que justamente consiste en brindarte el mejor espectáculo posible. ¿Sabes qué sucede? Que lo que hacemos se basa en improvisar y en valorar arte improvisado. Cosas sobre las que no hay una ciencia cierta, una verdad absoluta. Algunos de nosotros (los que ya empezamos a tener barriga y canas) nos recorrimos España entera en autobús y coche, con veinte pavos en el bolsillo y llegando incluso a dormir en cajeros, estaciones de tren y parques. Aunque esto no nos diese un duro, nosotros lo dábamos TODO. Porque el freestyle era, es y será nuestra vida. Así que guárdate tus quejitas y tus rabieta para otros, porque precisamente nosotros no nos las merecemos.

Si estás leyendo esto y eres de los que apoyan, ayudan, animan y nos entregan un pedacito de su corazón (que seréis la inmensa mayoría), muchísimas gracias, de verdad. Perdón por estar a veces tan agotados por culpa de los cuatro tontos de turno que no os prestamos la atención que os merecéis. Sois espectaculares. Y que no se os olvide que habéis levantado el universo del freestyle tanto o más que los que lo practicamos.

Por último, si estás leyendo esto y te pilla un poco todo de nuevas, quédate. De verdad que vale la pena. Porque, como llevo diciendo unas cuantas páginas, ser freestyler, a veces, es una mierda, pero el freestyle y el cómo hemos llegado hasta aquí son absolutamente maravillosos, a la par que increíbles.

Freestyle: ¿de qué estamos hablando?

El **freestyle** o improvisación libre es un ejercicio artístico, escénico, musical y expresivo que siempre ha formado parte de la cultura hiphop y, por ende, de su género musical primigenio: el rap. Básicamente consiste en la creación espontánea y genuina de versos rimados sobre cualquier ritmo de forma totalmente improvisada. Y si digo que se puede realizar sobre cualquier ritmo es porque se puede realizar sobre bases instrumentales de rap, sobre otros géneros o, incluso, sobre ritmos humanos marcados con las manos (palmadas), los pies o la boca (*beat box*).

En la improvisación libre no existen unos estándares ni unas normativas que seguir, el ejercicio tiene el fin que el freestyler le quiera dar. Normalmente la finalidad suele ser expresiva, estética o ambas a la vez.

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

Es decir, el freestyler, cuando improvisa, lo que suele buscar es expresarse libremente sobre un ritmo, comprobar y demostrar sus capacidades musicales, rítmicas y compositivas o bien hacer ambas cosas a la vez.

Pero ¿qué pasa con esa faceta introspectiva y de autoconocimiento cuando, aparte de compartirla con el resto, la contraponemos a la de otro autor? Pues que nos ponemos a competir, a batallar.

Una **batalla de MC**, freestylers o gallos es la denominación que se le da al enfrentamiento entre dos o más freestylers mediante la confrontación de sus improvisaciones, creando una narrativa única e irrepetible entre los protagonistas implicados. Esta suele seguir un orden determinado de turnos y se puede producir dentro del marco de una competición de freestyle, lo que implica el seguimiento de unas normas y formatos concretos delimitados previamente por la organización del torneo. Siguiendo las bases marcadas por esta misma organización, un grupo de tres o más jueces (siempre suele ser un número impar) votará una vez finalizado el enfrentamiento y elegirá un ganador. De lo contrario, se trataría de una **batalla de exhibición**, es decir, una batalla en la que no se vota ganador, una especie de partido amistoso

que se realiza simplemente para el disfrute del público (y la venta de entradas, no nos engañemos).

Pero en las batallas de freestyle, por lo general, esto de la amistad desaparece totalmente desde que el *host* grita «¡Tiempo!» hasta que lo vuelve a hacer para dar la batalla por terminada. ¿El **host**? Es como se denomina al/a la presentador/a o **speaker** que anuncia a ambos competidores, sortea el turno de entrada entre ellos y va marcando el inicio y final de sus intervenciones. Su función es la de ordenar el evento y que todo salga según el transcurso natural, es decir, que se respeten los tempos, el orden de las rondas, explicar a los MC y espectadores los formatos, garantizar que no haya contacto físico violento entre participantes y que el público presente anime todo el tiempo.

Y ojo, que lo del presentador gritando «¡Tres, dos, uno, tiempo!» no es solo algo que se hace de cara a la galería, de forma protocolaria o para que el público participe, sino que darle la entrada a los MC es un ejercicio clave de cara al buen desarrollo de la batalla. ¿El porqué de esto? Aunque pueda parecer mentira, dado que estamos hablando de profesionales o apasionados de dicho ejercicio, no todos los freestylers son cien por cien eficientes a la hora de en-

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

tender musicalmente las instrumentales y empezar a rapear donde el **beat** lo requiere. Por ello, por ridículo y absurdo que pueda parecer, si un *speaker* no le da la entrada correctamente a un freestyler y este entra a rapear a mitad de **compás**, se le suele echar la culpa al *host* y no al rapero. Triste pero cierto.

Por si a alguien esto de *compás* le suena a chino, os cuento que el **compás musical** o **patrón rítmico** es la máxima reducción expresiva y musical que se suele dar en una batalla de freestyle. En el rap, musicalmente, se suele usar un compás de 4x4, es decir, cada compás musical tiene cuatro barras con la misma longitud silábica (contando silencios) y sus palabras finales suelen rimar entre sí.

La duración de un compás depende del tempo de la instrumental (marcado por la nomenclatura **BPM**, *beats per minute*, 'pulsaciones por minuto'). Esta suele ser aproximadamente de diez segundos, por eso, en las rondas en las que se deja al MC rapear durante seis compases seguidos sin ningún estímulo concreto se les suele denominar *minuto libre*. En algunas ocasiones termina alargándose incluso veinte segundos más de lo que marca el contador de tiempo que aparece en los grafismos. Eso sucede mucho cuando se usan *beats* de subgéneros como

el trap o el *dubstep*, donde la composición rítmica del compás es notablemente distinta del rap clásico y donde a veces se requiere de la técnica del doble tempo para que el rapeo no suene excesivamente lento, aburrido e incómodo de escuchar en el sentido más musical.

El **doble tempo** es una técnica de rapeo en la que el freestyler o MC pronuncia el doble de palabras o sílabas en los espacios musicales naturales que marca la música. Esto evidentemente provoca una velocidad de dicción y de procesamiento mental de las ideas muy elevada que suele ir en detrimento del contenido, pero en pro de la espectacularidad y la musicalidad de la intervención.

El encargado de poner música a las batallas y determinar todas estas variables rítmicas de las que os hablaba es el **DJ**. Probablemente estemos hablando de uno de los actores más infravalorados históricamente en las batallas de freestyle. El hecho de que internet esté plagado de instrumentales sobre las que rapear y que con un mero altavoz y alguien que le dé al *play* uno pueda montar una batalla en el parque sin necesidad de que haya un DJ, o incluso la posibilidad de no usar instrumentales si un *beatboxer* ejecuta el ritmo con su boca, provoca que la presencia

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

de un DJ suele estar vinculada a eventos *profesionales*. Es decir, eventos que se producen sobre un escenario, en los que se venden entradas y cuyo registro audiovisual se va a colgar en YouTube con la intención de ser monetizado. En este caso, los derechos de la propiedad intelectual de las instrumentales que se usen deben pertenecer al DJ contratado o se debe previamente haber pagado por ellos.

Si aclaro estas dos posibilidades es porque, aunque puede ser la misma persona, el DJ no tiene necesariamente por qué ser el autor ni el propietario de los *beats* que usa en las competiciones. El autor de estos es el **beatmaker** o **productor musical**, que es la persona que, profesionalmente, compone mediante diversos aparatos analógicos y digitales instrumentales y ritmos sobre los que rapear, ya sea en batallas de freestyle o en canciones. La mayoría de los DJ de batalla que se han hecho muy populares en las redes son a su vez *beatmakers*, y es por eso, porque el material con el que les ponen música a las competiciones es exclusivamente suyo, que el público los valora todavía más y los recuerda y reconoce fácilmente. Además, el hecho de ser productores y DJ a la vez es un reclamo mayor para los organizadores de torneos de freestyle, que saben que contratarlos directa-

mente a ellos les ahorra la ardua tarea de adquirir derechos de uso de instrumentales a otros productores.

Más allá de sus funciones básicas e indispensables para el desarrollo normal de una batalla o una competición de freestyle, tanto DJ como *host* tienen otras labores o virtudes que realmente resultan clave a la hora de que el evento pase sin pena ni gloria o, por el contrario, sea realmente épico, memorable y termine formando parte de la historia de esta disciplina.

En lo referente al DJ tenemos: por un lado, la selección de bases y, por otro, los adornos. La **selección de instrumentales** probablemente sea el aspecto, aparte del nivel medio y experiencia de los competidores, que resulta más decisivo a la hora de hacer buena una batalla. Un buen DJ siempre elegirá las bases fijándose tanto en qué ronda de la competición estamos y su importancia como en quién va a rapear en ella. Ha de saber leer qué pide el momento tanto o más que los mismos competidores. Poner, por ejemplo, sus mejores *beats* en primera ronda puede hacer que la competición empiece por todo lo alto, pero se arriesga a que pierda fuerza si en semifinales o la final, cuando la energía del público suele

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

ir menguando, la música no aporta suficiente épica ambiental. Por ello conseguir mantener a competidores y espectadores encendidos durante todo el evento dependerá del conocimiento que el DJ tenga tanto de sus propias instrumentales como del estilo de cada competidor. Deberá ir amoldándose en cada batalla y cada ronda eligiendo una pieza de su repertorio idónea para la situación. Sería, por ejemplo, un error garrafal poner una instrumental de doble tempo en una batalla en que ninguno de los dos competidores domina dicha técnica, ya que ocasionaría un bajo rendimiento de ambos.

Si hablamos de los **adornos**, nos referimos a todas aquellas técnicas propias de la disciplina del **turntablism**. Hay miles de recursos que entran en este plano: cortes, sonidos añadidos, *scratches*, etc. Lo importante en este caso es que sumen al desempeño del MC, nunca que lo desubiquen o lo hagan perder el tempo. Un buen DJ sabe leer en qué momentos adornar la intervención del competidor y, aunque a veces pasa desapercibido, si uno revisa la mayoría de los grandes momentos históricos de las batallas, en casi todos el DJ acompaña la intervención del participante con adornos que la engrandecen todavía más.

Lo mismo pasa con el *host* y sus gritos, *adlibs* y su actitud corporal durante la intervención de los competidores. Si uno revisa los momentos más destacados de la corta historia de esta disciplina, hallará en su mayoría al *speaker* interviniendo de forma activa. Lo suelen hacer reforzando los pequeños silencios que dejan los competidores entre barra y barra con gritos, frases o simplemente gestos que le aportan épica o refuerzan la fotografía mental que proyecta el MC con sus palabras.

El tercer elemento sobre el escenario que resulta indispensable para un evento de freestyle es el **jurado**. Formado por tres, cinco o incluso siete jueces, el jurado es quien se encarga de votar, de forma individual (cada juez tiene su voto), cada batalla dentro de una competición. Cuando hablamos de que el voto es individual significa que no se ponen de acuerdo entre ellos para elegir un ganador (exceptuando algunas rondas de filtros), sino que cada uno vota a uno de los competidores o señala la necesidad de **réplica**. La réplica es lo que entendemos como la necesidad de prorrogar la batalla una ronda más para poder determinar un ganador. En caso de que haya un empate numérico de votos entre los jueces, el resultado siempre será réplica, independientemente

El freestyle es increíble. Ser freestyler, una mierda

de cuáles sean los votos. Es decir, si hay dos votos para un competidor, dos votos de réplica y uno a otro competidor, aunque el primero tenga más votos directos que el segundo, la réplica prevalecerá. Los jueces son los únicos que determinan los resultados de la batalla: el ruido del público o la opinión y gestos de los participantes no deben influir en su labor. Más adelante, dedicaré más tiempo al tema del jueceo, ya que ese es el puesto que he ocupado en los últimos años.